

La poesía francesa y sus debates: un esbozo de lo contemporáneo

Cuando se escribían grandes obras poéticas, la poesía, en los últimos decenios, no parecía generar debates. Considerada marginal en las grandes controversias literarias y escrita por autores –con ciertas excepciones, algunas notorias, como Yves Bonnefoy y Michel Deguy– que no contaban entre sus principales preocupaciones la de teorizar sobre su práctica, la poesía, por el contrario, da lugar desde el comienzo de los años noventa a numerosas publicaciones críticas. Deguy, desde luego, pero también Pinson, Gleize, Di Manno, Roubaud, Jouffroy, Maulpoix, Prigent¹, etc. A ellas se añaden las encuestas y ensayos de situación propuestos por las revistas (*Critique, Action Poétique, Le Débat, La Nouvelle Revue Française, Prétexte, Revue de deux mondes, Ecritures, Villa Gillet, etc.*), las Bienales de Poesía (valle del Marne), un Mercado de la Poesía (el de San Sulpicio), unos Estados Generales de la Poesía (Marsella, junio de 1992) y hasta coloquios universitarios en los cuales la cuestión del lirismo (Burdeos, marzo de 1995) o de los desafíos de la poesía (Valenciennes, diciembre de 1996) vuelven a ser motivos de reflexión.

Entre tanto, es evidente que la literatura ha salido ya de las grandes preocupaciones teóricas pregonadas por el estructuralismo y las vanguardias de los años setenta. Pero sería erróneo pensar con simpleza, aunque la constatación no sea errónea, que el debate teórico ha llegado tardíamente a un recinto antes protegido por la reverencia y el recogimiento. Es cierto que una especie de «evidencia poética» manifiesta en la recepción de las «grandes voces singulares» de los años cincuenta y sesenta (Ponge, Michaux, Jouve, Char, luego Guillevic, Jabès, Bonnefoy, Jaccotet, Dupin, Du Bouchet) parece, hasta el momento, haber evitado la reflexión. Sin duda, por otra parte, la cuestión era suficientemente activa y rumorosa en el interior mismo de esas obras, como para que su ejercicio fuera de ellas pare-

¹ Alain Jouffroy: *Manifeste de la poésie vécue, Gallimard*; Jacque Roubaud: *Poésie etcetera: ménage, Stock*; Jean-Marie Gleize: *A noir, poésie et littéralité, Seuil*; Yves di Manno: *La tribu perdue, Java*; Jean-Claude Pinson: *Habiter en poète, Champ Vallon*; Michel Deguy: *La poésie n'est pas seule, Seuil*; Jean-Michel Maulpoix: *La poésie malgré tout, Mercure de France*; Christian Prigent: *A quoi bon des poètes, P.O.L.*

ciese innecesario, ya que, en efecto, no hay poesía más cuestionadora que la de esos autores. Por fin, es verdad que los grandes intermediarios que habían adelantado el debate, más que suscitarlo lo liquidaron. ¿Qué decir del poema cuando Blanchot borra al escritor y la escritura en una doble asunción negativa? En cuanto a *Tel Quel, Change* y la mayoría de las revistas (por ejemplo, *Les Temps Modernes*) durante mucho tiempo no se ocuparon de poesía. Sólo lo hacían las que publicaban poemas, aunque a menudo apartadas de toda teorización: *L'Ephémère, Le Nouveau Commerce, Argile, L'Ire des Vents*.

Con todo, no es suficiente decir con Jean-Marie Gleize que «simplemente, se ha vivido la salida de los años setenta como una suerte de autorización a regresar al olvido de la lengua, a su instrumentalización pura y simple», porque si la lengua no es ya el todo de cierta práctica de la poesía —que para los grandes lo era sólo parcialmente— no por ello se deja olvidar: más bien se convierte en el lugar de otra cuestión. La cuestión, precisamente, de la lengua como lo otro, se su radical extrañeza (Deleuze). Lejos de ser un mero instrumento, vaga lira de los poetas libres y sus cantos, u objeto, materia maleable de los poemas compulsivos y de los textualismos verificados, la lengua se ha vuelto una resistencia un tanto sospechosa y engañadora, pero a veces necesaria y fecunda, en la que, como nunca, escribir *se pone en cuestión*.

La modernidad literaria, aunque fue inventada en torno a la práctica de la poesía, la mantuvo mucho tiempo, paradójicamente, fuera de toda sospecha. Hemos de reconocer que la sospecha se dirigió a las formas narrativas y discursivas hasta ponerlas en peligro, lo mismo que a los géneros. Sin duda, el simbolismo, epifanía de la poesía, se vio en figurillas ante las vanguardias, cuyas estrategias de desbordamiento llevaron la poesía más allá de sus territorios tradicionales. Pero liberar las palabras, llevar el poema al caligrama, todavía era, en el gesto de una radicalización crítica, conservar la supremacía de lo poético y de la *poiesis* en el dominio literario, reemplazar el cuestionamiento por la ampliación forzosa. Finalmente, es verdad que nadie —aunque propusiera su reforma— se prohibió la poesía, en tanto ya no se trataba de hacer salir a las marquesas a las cinco de la tarde, de validar lo novelesco, de mantener lo lineal de las narraciones ni de suscribir la metafísica de los discursos. El surrealismo contribuyó bastante a conservar esta sacralización al proponer puntos supremos o sublimes en el horizonte, promoviendo el «comportamiento lírico» y sugiriendo, por fin, convertir la vida misma en poesía.

Entonces: la evidencia poética —aunque cuestionada o inquieta— se perdió, a la vez que se disolvían ciertos principios activos en una parte del campo literario. Los modelos de la modernidad (Mallarmé), a veces sacralizados en su misma empresa de desacralización (Rimbaud) ya no constituyen el

horizonte insuperable de la escritura. Se empiezan a escuchar verdaderamente los gritos emitidos en su tiempo y que pretendían que la poesía era algo inadmisibile (Roche), a la vez que se quiere conservar su presencia por más que sus bases resulten cada vez más inciertas (Christian Prigent: *A quoi bon encore des poètes?*). Los tiempos de escasez estigmatizados por Hölderlin nos vuelven a amenazar, sin duda, si es que la poesía debe ser defendida por necesidad. Pero ¿qué poesía? Y he allí entonces las interrogaciones –no tanto en la escritura misma que las formula– que preguntan por la pregunta (Char, Bonnefoy, Dupin, Deguy), preguntas en torno a la poesía obligada a declarar sus objetivos, a proclamar sus postulados y elecciones. Ensayos y pseudomanifiestos se suceden, intentan abrirse paso, disimulando quizá sus extravíos con esfuerzos de elucidación.

Sin apenas darse cuenta, la poesía se ha convertido en una apuesta mayor e imperceptible, dado lo escaso de sus tiradas. La apuesta, en efecto, es puramente intelectual y literaria. Los grandes debates de los decenios pasados se concentraron en la novela, hasta producir la total disolución del género y volverlo indiferente como proposición. Ya sabemos que no hay más novela (Montel) sino que hay algunas novelas o, según se prefiera, que existe lo novelesco sin novela. La novela de vanguardia chocó contra la muralla de lo radicalmente ilegible; las vías de la búsqueda narrativa sustituyeron a las formas infinitas de la ficción, sometida a toda suerte de hibridaciones –autoficción, nueva ficción, mitoficción, ensayos-ficción, etc–; a su vez, las vías de la búsqueda comercial las han sustituido por las formas cerradas y repetitivas del producto en su proceso de *bestsellerización*; las múltiples vías de reconocimiento social han abierto sus espacios a las estrellas de todo tipo, hasta un antiguo Presidente de la República en reconversión. Sólo se puede constatar la diversidad y recorrer sus territorios, ya que no se los puede nombrar. Entonces, queda la poesía, género que ha postulado su elevación elitista en grado sumo, dada su escasa rentabilidad socio-comercial. Los debates extinguidos en otras partes recaen sobre ella. En efecto, sólo en la poesía podemos hallar hoy todavía los últimos reductos de las vanguardias, las neurosis de compulsión, las nostalgias del sentimiento, las iluminaciones de la mística, las metafísicas de la escritura, las múltiples persuasiones de la vía alternativa y la palabra esencial.

Testimonio de lo anterior es algo que parece sorprendente en estos tiempos tan poco teóricos: «reinventar la ley contemporánea del poema» (fórmula de Yves di Manno, director de la colección Poésie en la editorial Flammarion, en *La tribu perdue. Pound vs Mallarmé*, Java, 1996). Es sin duda significativa esta búsqueda de la ley contemporánea. Resulta capital esa necesidad de recapitulación: tras la poesía de la fe y la poesía del yo ¿una ley de la poesía?

Si el campo poético se ve hoy agitado por convulsiones, no son las de su muerte anunciada –por más que disguste a los prebostes del «crepúsculo de la cultura»– sino las de una agitación particular debida al vértigo del extravío. La naturaleza siente horror al vacío; la naturaleza intelectual, sobre todo la francesa, execra el vacío teórico. Por desgracia, nuestros estómagos literarios están repletos y cercanos a la náusea. En lugar de promover una vez más los manifiestos de las nuevas escuelas poéticas, puesto que el individualismo de esta «era del vacío» (Lipovetsky) se ha adueñado también de las prácticas de la escritura, al menos intentaremos decir lo que no se quiere hacer ya más. Y algunos diseñarán detrás de sus empresas, no ya los fundamentos ideológicos sospechosos cuando no caducos, sino los principios jurídicos –por mejor decir, éticos– que los justifican. Privado de teoría ¿tendrá el poema, entonces, una ley?

Lo menos inquietante son los rechazos. Parece que una general repulsa agita los escasos ensayos de estos últimos años. Nada más denunciado en y alrededor de la actual poesía francesa, que la «retórica mallarmeana» en la cual aquélla se habría hundido en los últimos decenios. El hecho es similar a la crítica de lo «novelesco balzaciano» hecha por la literatura «neonovelesca» de los años cincuenta/setenta. Las avanzadas estéticas parecen necesitar la construcción de un antimodelo de sus propias prácticas, a fin de identificarlas mejor. Convengamos que Balzac no era lo que ciertas lecturas de Richard nos pudieron dejar entrever. Del mismo modo, tampoco Mallarmé ha obsesionado tanto a la escritura poética como para que haga falta una saludable depuración. Lo paradójico es que hoy todos convienen en aceptar la literalidad de la poesía y todo se juega y se dice en la lengua, con ella o en su contra. Pero la diferencia permanece, aunque matizada: ¿qué se dice o se juega en la lengua? ¿Es la lengua su propio fin, todavía y siempre, su insuperable solipsismo, o algo que en la lengua y de la lengua, desborda su fundamento? La cuestión, desplazada, se vuelve a formular: ¿cómo, de Bonnefoy a Réda, de Hocquart a Cadiot, se intenta, por vías tan distintas como el neolirismo o las nuevas radicalidades, inventar *a contrario*, si no las formas presentes de la poesía, al menos algunas formas presentes de la poesía?

O, por formular la pregunta en términos más descriptivos y más propios de un artículo breve: ¿cuál es nuestro actual paisaje poético? Más que las leyes del poema quisiera esbozar aquí algo así como la localización de sus caminos. Una primera constatación mostraría la práctica extinción de toda forma de poesía fulgurantemente metafórica –que algunos, con intención crítica, denominarían oracular–. René Char, que la habría llevado a su punto de extrema incandescencia, habría muerto sin herederos. Desde luego, nombres y obras acuden a la memoria: Du Bouchet, Dupin, etc, se inscri-

ben en los mismos confines. Pero es obligado reconocer que, no obstante haber estado cerca, la poesía estallada de Du Bouchet, preocupada por su espacialización en la página, y la de Jacques Dupin, inquieta por sí misma y por una palabra jamás alcanzada, se alejan mucho de las evidencias de Char. Ya nadie sabría intentar hoy una palabra que tuviera tan amplias convicciones.

De la misma manera, parece decaer la articulación poesía-filosofía. Sin duda, Heidegger, sobre el que se fundaban gustosamente tales aproximaciones, ya no exhala hoy un olor de santidad, aunque, por otra parte, otros no experimentan ninguna molestia política al releer a Pound. Por el contrario, Hölderlin, ya desembarazado de la mediación heideggeriana, no deja de fascinar a un gran número de poetas actuales. De hecho, si se corta el vínculo entre la filosofía y la poesía, es porque ésta se desplaza a otros lugares: el verbo, la lengua, el sujeto recuperado, lo cotidiano vuelto a recorrer, la Presencia, ecos diversos de la trascendencia, pero no la especulación conceptual. La cuestión del Sentido, que obsesionaba a la antigua pareja alemana, se ha desplazado a otros campos, un poco a la manera como los metarrelatos han cedido su sitio a los relatos locales (Lyotard). Por su parte, las diversas «regiones» del sentido se configuran de nuevo o se renuevan, por el lado de lo inefable, de las significancias, de los nuevos sentimientos místicos, las intimidades del sujeto, el deambular urbano, la recuperación de lo rural o, en otro registro, los juegos verbales entre significantes desprovistos de toda preocupación por significar más allá de su existencia significativa. Este otro realismo de lo literal, doble herencia de Ponge y de Raymond Roussel, no deja de proclamar, bajo el placer lúdico que despliega, el malestar de un mundo vacío de sentido.

Lejos, entonces, de lo que no sólo ya no es, sino que se ensordece ante ciertos particularismos locales, ¿qué propone a la lectura actual el renovado campo de la poesía? Quizás, ante todo, la propia cuestión de su renovación. No se escribe impunemente después de Michaux, Char, Ponge, Reverdy, Tzara, Roussel, Claudel, etc, o más lejanamente, de Mallarmé, Rimbaud, Baudelaire, Lautréamont, etc. En el deslumbramiento ante tales faros, es difícil hallar zonas de sombra. En cuanto a mantener o desplegar sus luces, se trata de una tarea difícil, que confina enseguida con la reiteración sacralizante. No estamos en la época de la tabla rasa, nos resulta difícil descargarnos de los escombros. A menudo nos proponemos escribir con o contra alguien. Diálogo y polémica, acompañamientos y prolongaciones serán las vías de la presente poesía, incluida en ella la que, dándose la ilusión de un renacimiento lírico, no es necesariamente la más novedosa.

Contra las fascinaciones hölderlinianas y las especulaciones mallarmeanas, otra poesía, cuyo promotor infatigable es Jacques Darras, ha intentado